

Ya que sería ardua e interminable labor pretender hacer en esta apretada síntesis un estudio analítico de todo el material reunido en este volumen, añadiré simplemente, como información los títulos de algunos de los demás trabajos compilados en los Coloquios: « Le champ de bataille de Roncevaux dans la Chanson de Roland » por André Burger; « Il silenzio del Roland su Santiacopo »; « Le vie dei pellegrinaggi e le vie della storia » por A. Roncaglia; « Roncisvalle nell' « Opera dei Pupi » e la leggenda rolandiana nell' epoca normanna in Sicilia » por E. Li Gotti, etc.

Quede pues como corolario el convencimiento de que constituye este libro un aporte valioso para los eruditos y estudiosos de esta apasionante, siempre vieja y a la vez renovada problemática de los cantares de gesta.

NÉLIDA ESPINOSA DE MAC MULLEN.

MANUEL FERNÁNDEZ ÁLVAREZ, *Tres embajadores de Felipe II en Inglaterra*. C. S. I. C. Instituto Jerónimo Zurita. Madrid, 1951.

Interesantísimo el tema propuesto por Manuel Fernández Álvarez en su libro « Tres embajadores de Felipe II en Inglaterra ». Interesantísimo por la riqueza del período que le toca analizar ya que, naturalmente, no se limita a dibujar las figuras de esos enviados de Felipe II a la corte de Isabel, sino que busca aclarar su actuación iluminando la intrincada trama de factores políticos, económicos, religiosos y hasta personales que se entrecruzan y se influyen. Por cierto el planteo del tema nos dará dos personajes en primer plano: Isabel y Felipe. De éste serán portavoces esos delegados y con ellos jugará su eterna y habilísima política dilatoria la hija de Ana Bolena. Todo problema que surja dará ocasión para que cada uno de los reyes manifieste su personal psicología, constreñido, influido y a veces determinado por las circunstancias. Pero la galería humana de este trabajo no se limita a estos dos tradicionales antagonistas. Cerca de ellos están sus consejeros y representantes y un poco más en la penumbra, los restantes monarcas europeos que en momento tan particular — abarca el estudio los años que median entre 1558 y 1568 — se enfrentan con la gran crisis espiritual — movida por tantos intereses ajenos a ese planteo — que sacude a Europa. Entre todos ellos, María Estuardo, merece la especial atención de Manuel Fernández Álvarez por ser esos años, decisivos para la reina escocesa. No podía dejar de insinuarse junto a Isabel, Williams Cecil; más levemente el duque de Alba al lado del Rey Prudente. Aparecen no tanto como personas sino a través de las líneas políticas que sustentan y que hacen determinarse en más de una ocasión a sus señores. También como problemas se estampan otros nombres, tales los de John Hawkins o Thomas Stuckley, Riccio, Darnley... No serán ellos para el autor meros datos de una biografía o de episodios más o menos pintorescos, sino que a partir de los mismos buscará una explicación o un planteamiento.

Al quinto conde de Feria correspondió representar a su señor en los comienzos del reinado de Isabel. Perdido Calais, ese problema de tanta importancia europea y la afirmación española en Inglaterra, determinan el envío de don Gómez Suárez de Figueroa a la corte de la melancólica y enferma María Tudor. La carencia de heredero directo, la imposibilidad ya manifiesta de lograrlo, valorizan la figura de la joven hija de Ana Bolena que asciende al trono con la protección del que llamará «fratí consanguíneo et amico nostro charíssimo». Desde el día de la coronación — 15 de enero de 1559 — se presenta clara la voluntad de escisión religiosa de la reina — y personalizamos aquí cuestión tan grave porque Manuel Fernández Álvarez presenta la fuerza protestante como ajena al pensamiento nacional. Feria conocerá durante su permanencia las alternativas y los tanteos primeros en ese sentido, que la marcha de la política europea encauza. Firme Isabel en su posición separatista a partir del primer parlamento — de ese mismo año de 1559 — la paz de Chateau Cambresis quitará, si no decisión, por lo menos acometividad e impulso a la reina que tendrá que sortear también las molestias que sus pretendientes, Felipe II entre ellos, le crean.

El conde de Feria termina su embajada en mayo de 1559, descontento por la situación del país y la hostilidad de la reina a la que supo definir certeramente. Son suyas estas palabras que tan bien presentan a Isabel: «...quando me acuerdo la pieça que ella es y los que la gouiernan...»

La acción de don Álvaro de la Quadra, obispo de Aquila, abarca el que llamaríamos segundo período, o comienzo de la afirmación de Isabel. Siguen en él los tanteos y la política de la reina inglesa, que conoce momentos extraordinariamente críticos, pero ya se resquebraja la fortaleza de sus enemigos e Inglaterra puede actuar como potencia igual a las que hasta ayer le eran superiores. Verdad es que en este resultado colaboró no poco el azar. La muerte de Enrique II que eliminó del trono de Francia a quien podía mantener el reino en un estado de cohesión verdadera, determinó la accesión al poder de sus tres débiles hijos y planteó en Francia el problema protestante. La resolución del pleito escocés — llevado a cabo por la acción inteligente de Isabel y de su ministro Cecil — fortaleció a la reina inglesa. Por cierto en este conflicto religioso Felipe II no actuó tan resueltamente como a él — campeón del catolicismo — le hubiera correspondido. Pero debemos pensar que en esta irresolución pesaban muchos factores políticos y no solamente una personal disposición. Francia, la Francia católica de los Guisa, triunfante en Escocia hubiera representado para Felipe II un enemigo extraordinariamente poderoso en el campo político. Inglaterra, la Inglaterra herética, estaba, en cambio, en negociaciones matrimoniales con el emperador Fernando I y España esperaba — sin comprender totalmente la política de dilaciones de Isabel — su vuelta al seno de la Iglesia. El matrimonio de Francisco II y de María Estuardo, que no fue feliz para la política escocesa, no logró más que la desunión de Francia. La nobleza desplazada — los príncipes de la sangre, los Bor-

bones — reaccionarán frente a los Guisa apoyando la causa protestante. Y ese giro religioso de Francia — no total pero sí importante — provocará la unión anglo-franca en el mar, cuya acción se manifestará en los innumerables ataques piratescos que por entonces tuvieron que sufrir los navíos españoles. De tal manera estaban entrecruzados los intereses religiosos y políticos, que en un determinado momento, la Inglaterra de Isabel y la Francia de Catalina de Médicis pudieron pensar en una alianza para ir contra las posesiones codiciadas y cercanas de Felipe II: Flandes. Esa Flandes que había quedado un poco extrañada del interés del monarca al fijar éste su residencia en España. Manuel Fernández Álvarez culpa de este alejamiento al rey católico aunque lo explica por los grandes problemas materiales que lo acosaban y que sólo podía resolver en la Península. Flandes, sin embargo, se salvó por el celo religioso de Catalina de Médicis, combinado o mejor determinado, por el interés francés de expulsar a los ingleses de sus costas. Celo e interés favorecidos por la ayuda de Felipe II contra los calvinistas galos. Pero la muerte de Francisco II abrió nuevamente la cuestión escocesa y un sinfín de matrimonios — y con ellos de alianzas posibles — se ofrecieron para María Estuardo. Don Carlos, el hijo de Felipe II, Carlos IX de Francia, un archiduque austríaco son los posibles candidatos. Vemos sus nombres barajarse alternativamente según la marcha de los acontecimientos. Don Álvaro de la Quadra se mueve de manera habilísima en medio de toda esta complicada maraña, pero esos problemas agotarán su vida y su bolsa. Morirá en 1563 antes que el problema escocés tenga solución y no sin conocer persecuciones religiosas que lo llevarán incluso a enfrentarse con el Consejo de Estado inglés.

Los desempeños de estos representantes españoles no están expuestos de manera cronológica ininterrumpida sino agrupados por asuntos. De tal manera conocemos como epílogo de la embajada del obispo de Aquila su intervención en Irlanda, rebelde por obra de Shane O'Neil, no obstante comenzar dicha revuelta en 1559, es decir, apenas llegado a Inglaterra y a pesar de exceder su vida y su labor ya que proseguirá desarrollándose hasta la muerte de Shane en 1567, por cierto durante la estancia en la isla del tercer enviado de Felipe: don Diego Gómez de Silva. Éste es tal vez el más afortunado de los tres representantes filipinos que ocupan a nuestro autor. La Conferencia de Bayona pesaba sobre Isabel como una amenaza, no por indefinida menos temible. Un recibimiento de cordialidad casi empalagosa, una disminución del tono herético de las predicaciones religiosas acogen en Inglaterra a Silva que será el más contemporalizador de los tres embajadores de Felipe.

Pero los sucesos se precipitan para afirmar a Isabel en el trono y la reina sabe sacar inteligente provecho de los mismos. Ajena a la lucha mediterránea contra los turcos impulsará la presencia inglesa — piratesca o no — en los mares y especialmente de las Indias occidentales. Ello hace que el autor tome en consideración problemas como el de la piratería inglesa a través de diversos episodios, tales los de John Hawkins y Thomas Stuckley. No deja Fernán-

dez Álvarez de sopesar la responsabilidad y preocupación de Felipe II por el incremento de la marina española. Tal vez no le faltó celo, pero sí visión, para renovar técnicamente esa arma que Inglaterra impulsó con un nuevo criterio.

La embajada de Silva tendrá que entender también en las complicaciones derivadas del segundo matrimonio de la reina escocesa. La ambición de Darnley, el asesinato de Riccio, el regicidio posterior, el cautiverio de María Estuardo, han de perturbar el panorama europeo y, por la indecisión de Felipe, afirmar el poderío de Isabel. Flandes plantea, entonces, un escollo en las relaciones anglo-españolas — los impuestos favorecían a los puertos ingleses en desmedro de los comerciantes flamencos — que la habilidad de Silva ha de sortear.

En « Isabel, jefe del protestantismo », último capítulo del libro resume Fernández Álvarez las fluctuaciones de Isabel en materia confesional. Trata de penetrar en los verdaderos motivos de su tendencia herética a la que no fue impulsada por una firme convicción interior que no podía sentir en su escepticismo. Los diversos hitos de esa conducta isabelina: su relación con los protestantes alemanes y flamencos, su intervención en Flandes, la acogida dispensada en Inglaterra a los herejes de toda Europa... han de crear en torno a la reina inglesa su aureola de jefe de una tendencia religiosa que muy pronto librará la batalla decisiva con la vieja confesión. Con esa imagen se cierra el libro: el mundo europeo escindido, al frente de cada una de sus facciones: Isabel y Felipe.

A través de esta rápida síntesis se comprende que Manuel Fernández Álvarez ha excedido lo que propone el título de su trabajo. A la inteligencia del planteo se une la seriedad de la labor, que a una consulta exhaustiva de la bibliografía existente, ha agregado los documentos inéditos que le proporcionarían los archivos de Simancas, de San Albano de Valladolid, Histórico Nacional de Madrid y de la Catedral de Toledo, documentos que se hallan incorporados a la obra y que forman con el texto un conjunto de real excelencia que justifica plenamente el premio Menéndez Pelayo que recibiera.

NILDA GUGLIELMI.

M. DEFOURNEAUX, *Le problème de la terre en Andalousie au XVIII siècle*.  
Revue Historique. Extrait du numero Janvier-Mars 1957. Presses  
Universitaires de France.

En el siglo XVIII la agricultura en España estaba en decadencia. La gravedad del problema, que ya se había vislumbrado en la centuria anterior, no fue ignorada por los Borbones y especialmente por Carlos III, cuyos ministros se dedicaron al estudio de los factores que habían llevado a ese estado de cosas doblemente peligroso, por su trascendencia en la vida social y en la vida económica del país.